

La belleza.

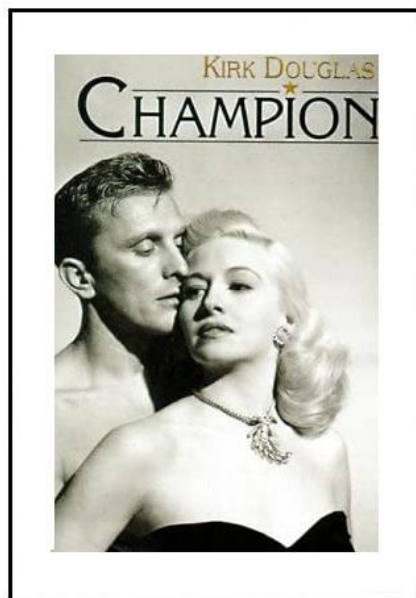
La belleza está presente en todos y cada uno de los metros cuadrados que componen la superficie del planeta tierra; pero está muy escondida.

En el transcurso del tiempo la belleza aparece una y otra vez, sin descanso; pero es vista y no vista.

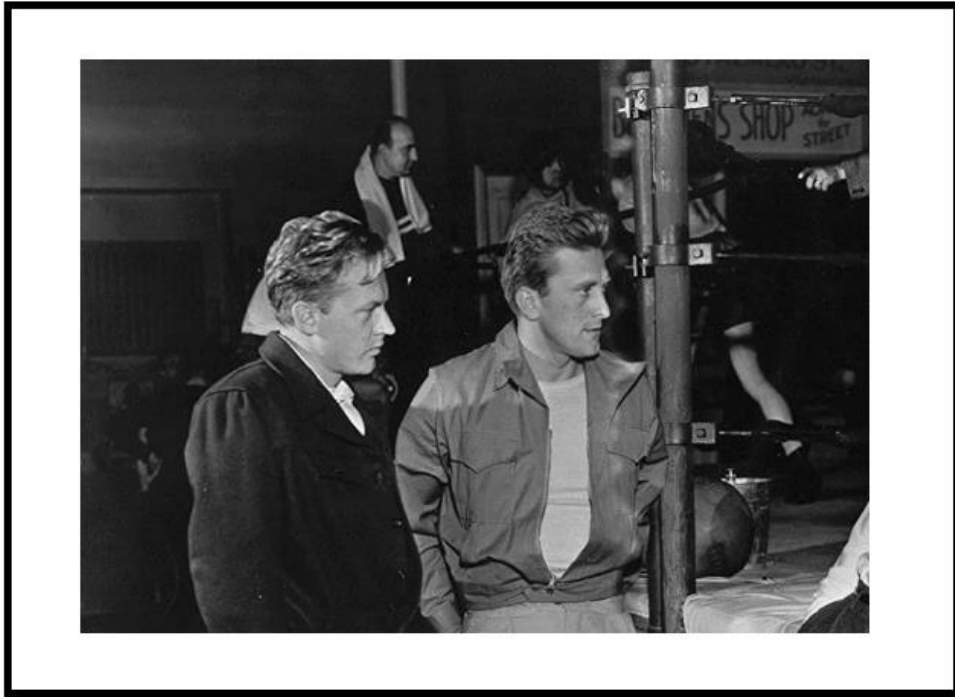
En los sueños del hombre aparece la belleza en su forma más inefable; pero al despertar es inútil el intento de volverla a ver, simplemente se ha desvanecido.

El ídolo de barro (1949)

En 1948 Stanley Kramer había creado una productora independiente con Carl Foreman y otros socios. Mark Robson dirigió la película sobre la subida al estrellato de un joven boxeador.



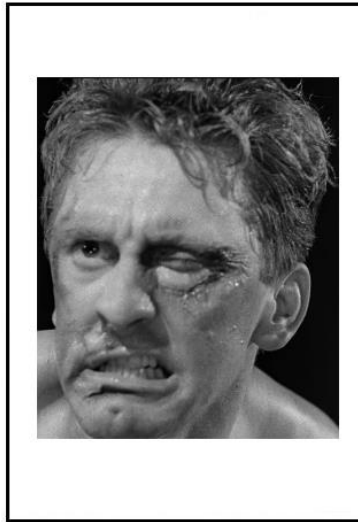
Dos hermanos, Midge (Kirk Douglas) y Connie (Arthur Kennedy), pasan por dificultades.



Una camarera, Emma (Ruth Roman), es un primer paso en la vida de Midge.



Pero el boxeo será la opción que le permita salir de la frustración.



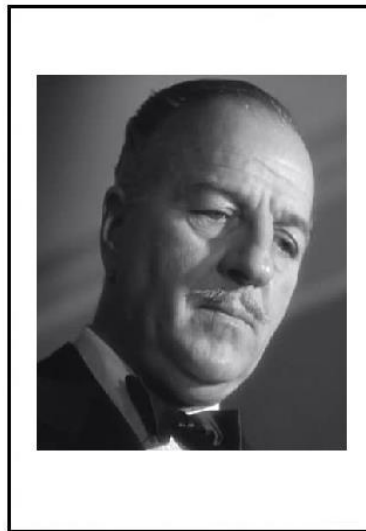
Otras mujeres pasarán por su vida: Grace (Marilyn Maxwell) y Palmer (Lola Albright).



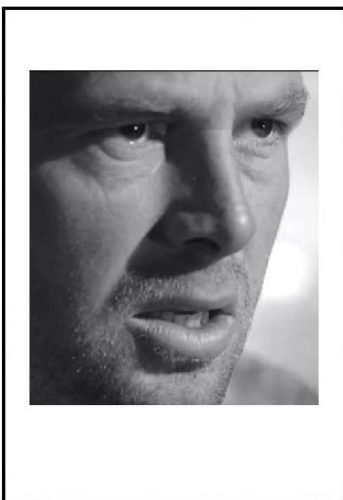
La Jungla de asfalto (1950)

John Huston ya ha fabricado El Halcón maltés y El tesoro de sierra madre.

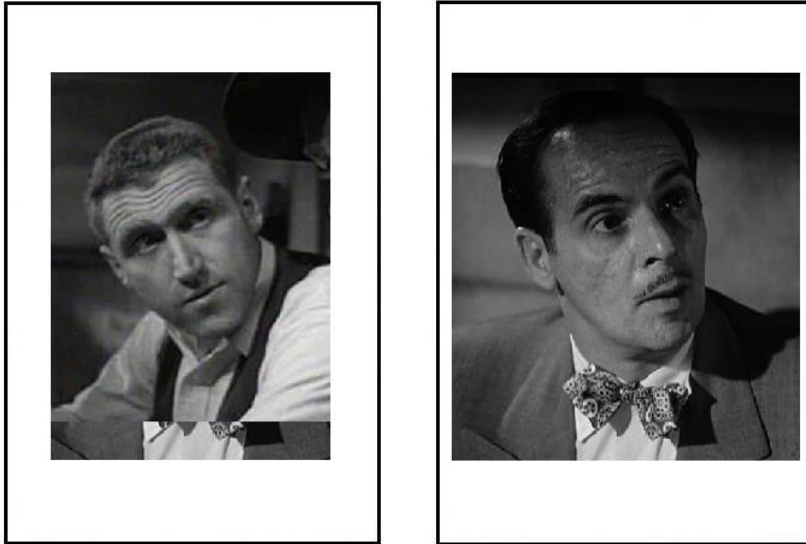
Ahora va a dirigir el atraco perfecto: un buen organizador, Doc (Sam Jaffe) y un complice bien situado, Alonzo Emmerich (Louis Calhern).



La banda cuenta con el pistolero Dix (Sterling Hayden) y con el experto en explosivos Ciavelli (Anthony Caruso).



Y con el tabernero Gus (James Whitmore), que hará de chofer; y un coordinador, Cobby (Marc Lawrence).



Y ya les tenemos en la expedición nocturna: y a Ciavelli dinamitando la caja fuerte de una joyería.

La alarma está desconectada pero el ruido hace sonar la alarma de unas tiendas vecinas.

Un guarda entra en la joyería y Dix le deja sin sentido, pero la mala suerte hace que una bala perdida hiera a Ciavelli.

Pero, bueno, al final las cosas salen bien por el momento.

El que no parece leal es el complice Emmerich, que quiere engañarles y fugarse con su amante Angela (Marilyn Monroe).



Total, otro tiroteo y Dix sale también herido. Y también tenemos a un policía corrupto, cuyo soplón es precisamente Cobby.

Dix, malherido, inicia una fuga con su novia Doll (Jean Hagen).



Doc se entretiene en un bar, y gracias a sus monedas, un juke-box suena continuamente para que una joven baile una canción tras otra.



The Killing (1956)

Al productor de televisión James B. Harris le llaman la atención dos largometrajes de un director joven llamado Stanley Kubrick.

Y tenemos a Kubrick dirigiendo otro atraco perfecto, y también con Sterling Hayden. El guión estuvo a cargo de Jim Thompson, basado en una novela de Lionel White (Clean Break).

Es el último atraco de Johnny Clay (Sterling Hayden): luego se casará con su novia Fay (Coleen Gray).



Los colaboradores son Randy (Ted de Corsia), un poli corrupto; y Mike (Joe Sawyer), un hombre necesitado de dinero por la enfermedad de su esposa.



Y George (Elisha Cook Jr.), un celoso siempre preocupado por su mujer Sherry (Mary Windsor).



Se trata de hacerse con el dinero de un hipódromo en día de carreras; el plan es cruel: aprovechar el desconcierto provocado sobre todo por la muerte de un caballo a manos de un pistolero contratado por la banda.

Bueno, el plan funciona bien.

Sherry tiene planes para hacerse con el dinero para ella y su amante; planes que hacen que la reunión del reparto del dinero derive en un tiroteo en el que no queda nadie sano.

Como Johnny y Fay todavía no habían llegado a la funesta reunión se encuentran ellos dos con una maleta que contiene todo el dinero.

Pero en el aeropuerto tienen que depositar la maleta en un carro de equipaje y surgen los imponderables...

En fin, la cosa termina en un clásico: “el criminal nunca gana”.

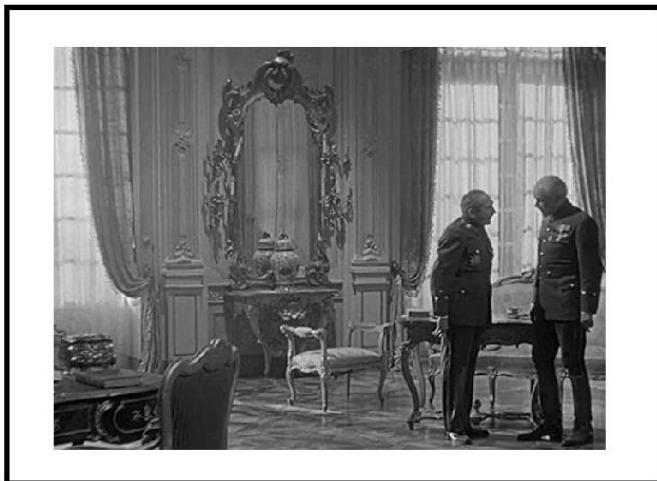
Senderos de gloria (1957)

Kirk Douglas firma con la productora Harris-Kubrick.

El ataque a Anthill de los soldados franceses al mando del coronel Dax (Kirk Douglas) fracasa y al ver el desastre otros franceses se niegan a abandonar sus trincheras.

El general Mireau (George Macready) ordena que la artillería francesa bombardee a sus compatriotas en sus trincheras, a lo que se niega el oficial artillero.

Mireau quiere juzgar por cobardía a los soldados, pero el general Broulard (Adolphe Menjou), más pragmático, limita el juicio a una terna de hombres, que serán elegidos por los oficiales de cada compañía.



El cabo París es elegido por ser incómodo a su oficial; el soldado Ferol por ser un indeseable; y el soldado Arnaud es señalado por el azar.



Del irregular juicio salen 3 condenas a muerte.



Tras la ejecución, Mireau hace un comentario a Broulard sobre el asunto: “este tipo de cosas es generalmente deprimente, pero en esta ocasión el acto ha resultado espléndido.”

Broulard responde: “nunca he visto un asunto de estos mejor manejado”.

Y remata Mireau: “murieron a las mil maravillas; siempre existe el peligro de que uno de ellos haga algo que deje con mal sabor de boca a todo el mundo; pero por esta vez, no se puede pedir nada mejor”.

El espectador no puede por menos que estar de acuerdo con los 2 generales: la escena ha resultado esplendida en efecto con sus diversos ingredientes; el soldado que ha sido ejecutado a pesar de estar malherido; el desconsuelo del soldado de los ojos vendados; la serenidad del cabo.

Pero el espectador, poseido por la magia del cine, cree que ha estado presenciando una escena de guerra.

Y no es así, ha presenciado una escena de un film.

Y desde luego es una bella escena.

Kubrick ha cuidado de la escena y por eso el resultado ha sido de una gran belleza.

Kubrick es un director perfeccionista. Y consigue lo que quiere a costa del esfuerzo tremendo de todos, comenzando por su gran entrega personal.

En el rodaje de Paths of glory tuvo un enfrentamiento con Adolphe Menjou, un actor que iba camino de los 70 años. Después de haberse visto obligado a repetir una escena casi 20 veces, Menjou dijo basta, primero de modo tranquilo, pero luego a grito pelado.

Stanley, que todavía no había cumplido los 30, no perdió la calma, pero consiguió imponerse y Adolphe tuvo que repetir una vez más.

Podemos imaginar una escena en la que Douglas y Kubrick hablan de la escena tras el visionado del montaje:

Stanley: “este tipo de escenas puede degenerar en algo deprimente, pero en esta ocasión el resultado ha sido espléndido.”

Kirk: “nunca he visto una escena de estas mejor manejada”.

Stanley: “murieron a las mil maravillas; siempre existe el peligro de que uno de ellos haga algo que rompa la magia; pero por esta vez, no se puede pedir nada mejor”.

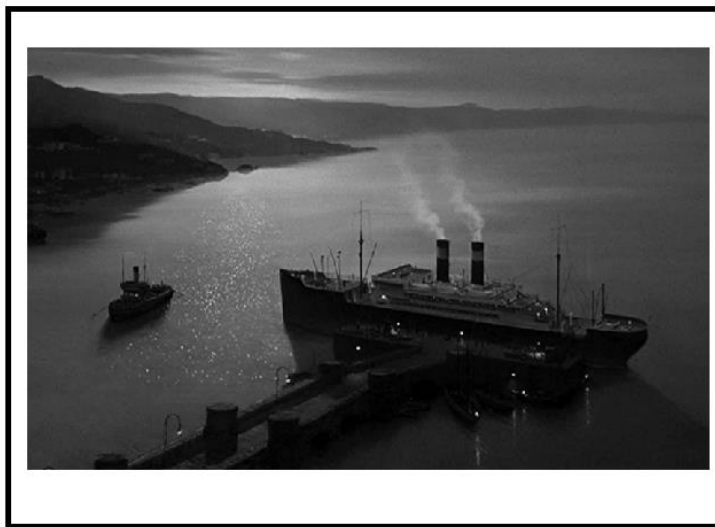
El barco de los locos (1965)

En 1963 Stanley Kramer ha producido y dirigido El mundo está loco, loco, loco, con Spencer Tracy (Capitán Culpepper).

Ha tenido un gran éxito de público en competencia con Los insaciables de Edward Dmytryk y Joseph E. Levine, que contaba con Alan Ladd (Nevada Smith).

Dos años después Kramer hace El barco de los locos.

Desde Veracruz, en el golfo de México, sale un barco de pasajeros hacia Bremerhaven en el mar del Norte: casi un mes de viaje con escalas en Cuba y Canarias.



En el barco viaja gente que puede considerarse una muestra del mundo, un pequeño mundo.

Tenemos a Mary (Vivien Leigh) y a Bill (Lee Marvin).



Tenemos a David (George Segal) y a Jenny (Elizabeth Ashley).



Tenemos a Siegfried Rieber (José Ferrer), y a Julius (Heinz Rühmann). Rieber es un hombre culto que sabe polemizar, pero Julius está un nivel por encima.

Siegfried Rieber: “Es un hecho histórico que los judíos son la base de nuestras desgracias”.

Julius: “Por supuesto”.

Rieber: “¿Está de acuerdo?”

Julius: “Por supuesto. Los judíos y los ciclistas”.

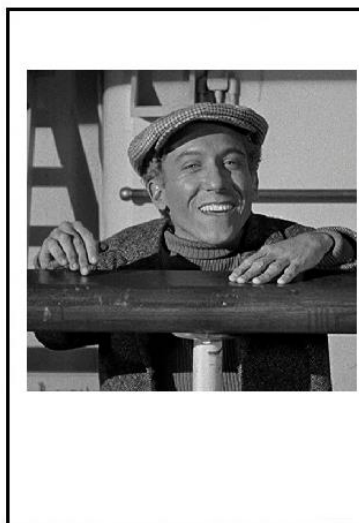
Rieber: “¿Los ciclistas? ¿Por qué los ciclistas?”.

Julius Lowenthal: “¿Por qué los judíos?”

Tenemos a la Condesa (Simone Signoret) y al médico de a bordo, el doctor Schumann (Oskar Werner).



Y tenemos a Carl (Michael Dunn), con un rol técnicamente importante en la película.



Por ejemplo, Carl nos permite saber lo que piensa Julius:

Julius Lowenthal: “Dime Glocken, honestamente, cuando escuchas esta música donde quiera que estés, ¿no tienes un sentimiento especial por ser alemán?”

.....

Carl Glocken: “Eres alemán, ¿no? Eres el tío más alemán que he conocido”.

Julius: “Quiero mostrarte algo: lo saco de vez en cuando y lo miro cuando quiero sentirme bien”.

Carl: “Bueno, la Cruz de Hierro de segunda clase... tenemos aquí un héroe de guerra. Puede que seas el tonto más tonto de todo este barco”.

Julius: “¿Por qué dices eso?”

Carl: “¿Dónde has estado durante este viaje?”

Julius: “¿Crees que este barco es una muestra representativa del pueblo alemán? Pues no. No conoces al alemán medio como yo lo conozco. La gente que produjo un Goethe, un Beethoven y un Bach...”

Carl: “¡El cincuenta por ciento de las personas que produjeron un Goethe, un Beethoven y un Bach votaron por el partido de Siegfried Rieber la semana pasada!”

Julius: “Cuarenta y cuatro por ciento”.

Carl: “Lowenthal, estás ciego, ¡estás absolutamente ciego! No puedes ver lo que tienes frente a tus propios ojos”.

Julius: “¿Qué quieres decir? Ah, ¿te refieres a ese asunto de los judíos? Tú no nos conoces. El judío alemán es algo especial. Primero somos alemanes y después judíos. Hemos hecho mucho por Alemania y Alemania ha hecho mucho por nosotros. Un poco de paciencia, un poco de buena voluntad, y todo se arreglará”.

.....

Julius: “Escucha, hay casi un millón de judíos en Alemania. Qué van a hacer? ¿Matarnos a todos?”

Carl y Julius se refieren a las últimas elecciones de la República de Weimar en 1933, donde, en efecto, el partido Nazi sacó un 44% de los votos. Como advierte Julius a Carl, no llegan al 50%.

Ya a últimos del 33, con el partido único, varios millones de alemanes se atrevieron a oponerse a los nazis en las elecciones: son esos alemanes que produjeron un Goethe, un Beethoven y un Bach.